

Lima a comienzos del siglo XX

## DUELO DE CABALLEROS

Carlos Aguirre

Este artículo nos acerca al mundo aparentemente marginal de los faites para, desde allí, ensayar una mirada sobre algunos aspectos de la sensibilidad y la cultura de Lima de esa época. A fines de 1932, el entonces joven escritor y militante aprista Ciro Alegría fue detenido durante la ola represiva que siguió a la rebelión de Trujillo, sentenciado a diez años de prisión, y recluido en la penitenciaría de Lima, conocida popularmente como “el panóptico”. En la prisión, no tardó en enterarse de la presencia de varios delincuentes notables. Uno de ellos era Emilio Willman, “Carita”, el protagonista de un legendario duelo a cuchillo sostenido con otro renombrado delincuente, Cipriano Moreno, “Tirifilo”, la noche del 2 de mayo de 1915, y que culminó con la muerte de este último. Alegría quedó fascinado con la historia que Willman le contó una vez que se conocieron mientras hacían cola en la enfermería de la prisión. Ambos conversaron varias veces más y Alegría registró abundantes notas con la idea de escribir una novela sobre este episodio. Perdidas para siempre esas notas luego de que fueran requisadas por las autoridades de la prisión, Alegría tendría que apelar a su memoria, años después, para narrar los pormenores de una historia que él sabía no podría quedar en el olvido. Así nació “Duelo de caballeros,” un cuento que Alegría escribió en 1953 y publicó por primera vez en Cuba en 1961.

La famosa pelea entre Carita y Tirifilo fue en realidad un duelo de faites. Esta expresión —cuyo uso continúa hasta el día de hoy— designaba, a comienzos del si-

*Varias veces se han narrado los hechos que rodearon el famoso duelo entre Carita y Tirifilo, los faites más célebres del hampa limeña de comienzos del siglo XX. ¿Por qué habríamos de ocuparnos nuevamente de un episodio como este, usualmente relegado a la crónica roja de los diarios sensacionalistas? La fascinación que estos personajes han ejercido sobre periodistas, literatos, poetas populares y el público en general sugiere que se trata de un suceso paradigmático, cuyo análisis podría echar luces sobre los usos, valores, y obsesiones de una sociedad.*



*“Muchos habitantes de Malambo vivían al margen de la ley y, para algunos de ellos, los que aspiraban a la condición de faite, esa reputación de Malambo podía representar una ventaja. Ser identificado por otros como un faite de Malambo contribuía a proyectar una aureola de valor y temibilidad que los ayudaba a encumbrarse dentro de las jerarquías existentes en el submundo criminal.”*

glo XX, a individuos que llevaban una vida al margen de la ley, mostraban una particular destreza para la pelea, especialmente con arma blanca, se reclamaban valien-

tes y “guapos”, y adherían a ciertos códigos de conducta —respeto a la palabra empeñada, defensa del honor, cierta caballerosidad en sus actos— que los hacían respe-

tables no sólo en el mundo criminal sino también a los ojos de ciertos sectores de la población “decente” y las autoridades judiciales y policiales. Los faites vivían y

reinaban en el submundo de la prostitución, el alcohol, y el juego, y con frecuencia trabajaban para la policía como soplones y torturadores. Para José Galvez, el faite era un personaje “degenerado y vulgar” que tenía costumbres “inferiores y denigradas”, una perversión del “palomilla”, esa especie de mozo de familia de clase media o incluso aristocrática que se entretenía con pequeñas violaciones a las buenas costumbres, tales como peleas callejeras o piropos subidos de tono, pero que se conducía con “donaire” y “gracia”. Los faites, en cambio, “vivían malamente, alternando los corredores sombríos de la intendencia con los canchones siniestros de la cárcel”. Un faite, escribió Abelardo Gamarra, “es el guapetón que se la da de no tenerle miedo ni al diablo; o el guapo que en verdad no le tiene; el faite es como un jefe o caudillo sobreentendido: el que se impone a pulso”. El novelista José Diez Canseco nos ofreció, en sus *Estampas mulatas*, una especie de geografía social de los faites: “Andrades, Rubios, Espinoza, toda la turba zafia de truhanes, matones y jaranistas. Señores de la chaveta y los cabezazos. Pícaros y rufianes de las camorras cotidianas. Puntos de la guitarra y fletes para las mujeres. Timbas escondidas en los solares ruinosos y mugrientos. Burdeles del Chivato. Fondas de Tintorerros. Idilios de los descalzos. Tajamar, palenque de los líos. ¡Guapos de Abajo’el Puente!”

Aunque los faites merecían comentarios generalmente adversos por parte de periodistas y escritores, es imposible no detectar en estos textos un cierto grado de ad-

miración, algo que será evidente también en el cuento de Ciro Alegría. En su libro *Valdelomar o la Belle Époque*, Luis Alberto Sánchez no puede ocultar su simpatía por un negro soplón conocido como “Changa”, quien, durante la campaña electoral de Billingham, fue capturado en el Tajamar por una multitud enfurecida y se defendió arduamente de quienes querían lincharlo: “El negro trágico, bravo, muy valiente, (...) no lloraba ni suplicaba ante la multitud. Este, sin duda alguna, era un redomado criminal, pero era un noble tipo de braveza. ¡No he visto ni veré un hombre más valiente!”

Los faïtes reinaban en ciertas zonas de Lima, especialmente en el barrio bajoportino de Malambo. Desde el período colonial temprano, Malambo —ubicado en los extramuros de la ciudad— estuvo poblado por indios, negros y españoles pobres que habitaban en rústicas viviendas. En sus inmediaciones, cerca del Tajamar, se hallaba la “Casa de Negros Bozales”, una especie de depósito para esclavos recién llegados a Lima que esperaban allí el momento de su venta. Aunque nunca fue un barrio exclusivamente “negro”, Malambo adquirió la reputación de tal y se le identificó, además, como un nido de delincuentes, jaraneros y otros personajes del submundo criminal de Lima. “El hombre de Malambo —escribió Carlos Miró Quesada— fue especialista en riñas, jugaba gallos, tocaba la guitarra y echaba al viento unas canciones chabacanas y a la vez melodiosas. Se ejercitó en el empleo de un cuchillo muy afilado llamado chaveta, trompeaba muy bien y echaba intencionados requiebros a las mozas que se cruzaban en el camino”. La crónica policial de los diarios, agrega el autor, resulta para los malambinos “la rutinaria página social del vecindario.” Las jaranas de Malambo se volvieron le-

gendarias. En ellas, según el médico Hugo Marquina, autor de una tesis sobre las condiciones de vida en dicho barrio, “se hacía derroche de aguardiente, vino, cerveza, y a veces el guarapo y chinchivi.” El tradicionalista Eudocio Carrera Vergara dedicó sabrosas páginas de su libro sobre el Dr. Copaiba a las jaranas de negros de Malambo. “Desde tiempos coloniales —dice Carrera Vergara— [Malambo] fue alegre y revoltoso y mentadísimo como foco y mansion principesca de los más endiantrados negros que

ocupaciones políticas y sociales que otros grupos limeños enfrentaron hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. Según Marquina, los habitantes de este barrio habían sido “fanáticos partidarios de Piérola”, una postura que el autor atribuye al hecho de que los negros creían tener un “parentesco racial” con Piérola, cuyo pelo ensortijado revelaba un posible ancestro negro. Hacia la década de 1920, de acuerdo al estudio del sociólogo Luis Tejada, Malambo se convertiría además en un foco de organización y agitación

en 1920. Por entonces, según Tejada, “Malambo se había convertido en el centro organizativo y cultural del movimiento obrero anarcosindicalista”. Sin embargo, en la imaginación de la mayoría de observadores prevalecía una visión de Malambo como un barrio peligroso poblado por gentes de mal vivir. Si bien es cierto esta reputación era producto de las exageraciones y temores de los sectores “decentes” de Lima (que destilaban además un claro tinte racista), es innegable que muchos habitantes de Malambo vivían al

una ventaja. Ser identificado por otros como un faïte de Malambo contribuía a proyectar una aureola de valor y temibilidad que los ayudaba a encumbrarse dentro de las jerarquías existentes en el submundo criminal. Tanto los faïtes como aquellos que escribían sobre ellos construían estas imágenes sobre la base de ciertos estereotipos culturales que atribuían a los negros en general, y a los habitantes de ciertos barrios en particular, tanto una inclinación especial hacia el delito como una habilidad innata para la pelea.

Dentro de las cárceles los faïtes eran personajes respetados y temidos tanto por los demás miembros de la comunidad de presos como por los guardias y autoridades carcelarias. Con frecuencia los faïtes eran designados caporales de las prisiones, es decir, presos escogidos por las autoridades para desempeñar funciones importantes de control y disciplina dentro de los establecimientos penales. En el desempeño de esas funciones, los faïtes se convertían en una suerte de caciques que gozaban de ciertos privilegios, controlaban aspectos importantes de la vida cotidiana —como la distribución de comida, por ejemplo—, al tiempo que se aprovechaban de una serie de negocios ilegales y servían de intermediarios entre los presos y las autoridades. El poder simbólico y material de los faïtes no terminaba necesariamente con su ingreso a la cárcel.

## II

Carita y Tirifilo eran, cada uno a su manera, representantes cabales del universo faïte limeño. Poco sabemos de Carita antes del famoso duelo. Según distintas versiones, entre ellas la de Luis Jochamowitz, fue hijo de un marinero extranjero y una lavandera negra, su apellido original era Willmant, y era conocido desde pequeño como “Carita de Cielo”. De joven se convirtió en un ➔

*“Poco después fue capturado por la policía y recluido en un hospital. Hasta allí fue el entonces joven reportero José Carlos Mariátegui a entrevistar al ahora célebre personaje del hampa limeña. Mariátegui no deja de resaltar ‘los ribetes de justa caballeresca’ que detecta en el duelo, el cual, dice, se destaca sobre las vulgaridades de los hechos de sangre que cotidianamente consigna la prensa”.*



sentaron sus reales en esta Lima de costumbres tan criollas”.

Pero los malambinos no estuvieron ajenos a las pre-

obrera. Los anarquistas movilizaron esfuerzos para organizar y adoctrinar a los malambinos, e incluso fundaron una biblioteca obrera

margen de la ley y que, para algunos de ellos, los que aspiraban a la condición de faïte, esa reputación de Malambo podía representar



➔ apuesto bailarín, guitarrista y cantor, de trato agradable y de gran atractivo entre las mujeres. *El Comercio*, con característica retórica, lo describió como alguien “todavía nuevo en el gremio de estos apaches encanallados” pero cuya alma se hallaba “bien templada para la riña y el escándalo”. Se hizo muy popular, según Alegría, entre “las nuevas promociones de faites”, en parte porque sabía ser “amigo de sus amigos”, una característica esencial para cualquiera que quisiera ocupar un lugar destacado en la jerarquía criminal. Tirifilo, por su lado, era, como Carita, un faite negro de Malambo, posiblemente el más temido de todos. Según *El Comercio*, Tirifilo era “un hombre terrible, verdaderamente rojo, sin conciencia, seguro siempre de imponerse a todos, autoridades inclusive”. Era además agente de “la secreta”, la policía política del estado. Desde por lo menos 1911 Tirifilo había tomado parte en numerosos actos de violencia contra opositores del gobierno y trabajado como soplón y torturador en varias cárceles de Lima. Era de un “trato brutal” y “bajos instintos”, cualidades que le generarían numerosos enemigos, incluyendo a Willman. En palabras de Ciro Alegría, Tirifilo era “el indiscutible mandamás del hampa negra y mulata de Malambo”.

### III

Hay diferentes versiones sobre las causas que motivaron el famoso duelo entre Carita y Tirifilo. Según *El Comercio*, su enemistad se originó en un prostíbulo, donde ambos se disputaban los favores sexuales de una misma mujer, quien terminó prefiriendo a Carita. Tirifilo, en venganza, habría utilizado sus contactos con la policía para enviar a Carita a la cárcel. Poco después de su salida, éste habría lanzado el desafío a Tirifilo para batirse a duelo en el Tajamar. Tirifilo, confiando en sus ha-



bilidades con la chaveta, habría replicado: “Bueno, que la cosa sea pronta, me necesito en otra parte”. La versión de Ciro Alegría, basada en sus propios recuerdos de lo que Carita le contó en la prisión, es muy diferente. Según él, Tirifilo fue a buscar a Carita para proponerle un negocio. Cuando la madre de este le dijo a Tirifilo que Carita no estaba en casa, aquel montó en cólera creyendo que ella lo estaba ocultando y empezó a proferir insultos contra Carita y su madre. Al volver a casa y enterarse de las ofensas de Tirifilo, Carita salió en su busca y lo desafió a pelear esa misma noche. Tirifilo habría respondido escuetamente: “Ahí estaré.”

Los detalles de la pelea

son descritos minuciosamente (y con previsible licencia literaria) por Ciro Alegría en su cuento. El duelo fue largo y sangriento. Aunque Tirifilo era mucho más experimentado y tenía mayor alcance de brazos, Carita desplegó una mayor agilidad de movimientos. Las heridas se multiplicaban y ambos sangraban profusamente, hasta que una precisa estocada en el pecho de Tirifilo puso punto final a la vida del legendario faite. La noticia corrió prontamente por calles y barrios de Lima. Una multitud de curiosos se congregó en las inmediaciones de la morgue y los diarios limeños informaron en primera página del trágico suceso. Carita había vencido al más temible de los faites, y

lo había hecho además en defensa de su honor, como correspondía a un verdadero caballero. En palabras de Ciro Alegría, “un nuevo héroe popular había surgido”. El hecho de haber defendido a su madre, sugiere Alegría, le aseguraba un lugar especial en el alma popular.

Malamente herido, Carita se dirigió a una botica en busca de curación. Poco después fue capturado por la policía y recluido en un hospital. Hasta allí fue el entonces joven reportero José Carlos Mariátegui a entrevistar al ahora célebre personaje del hampa limeña. Mariátegui no deja de resaltar los “ribetes de justa caballeresca” que detecta en el duelo, el cual, dice, se destaca “sobre las vulgaridades de

los hechos de sangre que cotidianamente consigna la prensa”. En su diálogo con Mariátegui, Carita se definiría como “un hombre formal”, que no quería ser confundido con un vago. “He trabajado siempre y me he ganado el pan honradamente”. Carita niega que haya sido él quien desafió a Tirifilo —una táctica que buscaba obviamente mitigar su culpabilidad a los ojos de las autoridades. El habría estado bebiendo con amigos hasta que llegó Tirifilo y lo retó a pelear, un desafío que él naturalmente no podía rehuir. En este punto Carita guarda unos minutos de silencio, “como para dejarnos que admiremos su resolución y valor al aceptar el desafío de un hombrazo como Tirifilo”, anota Mariátegui. Poco después Willman fue trasladado a la cárcel de Guadalupe y de allí a la penitenciaría, aunque no por mucho tiempo. Sólo tres años después, en noviembre de 1918, una resolución legislativa le otorgaba el indulto que lo sacaría de prisión.

### IV

El duelo de Carita y Tirifilo sería narrado, muchos años antes que Alegría escribiera su cuento, por poetas y cantores populares. Un vals titulado “Sangre criolla”, citado por Jochamowitz, por ejemplo, celebraba el coraje de Carita: “También los hijos del pueblo / tienen su corazoncito / que el valor no es patrimonio / solo de los señoritos”. Tirifilo fue presentado como un faite cruel pero hasta cierto punto sentimental en estos versos de José Torres de Vidaurre: “Qué vas a hacer ahora, Lima / si a Tirifilo mataron, / a él que era la Plaza de Armas / la Barranquita y Malambo. (...) / Que era el cuco de los faites / caminaba como malo, / y se enjugaba una lágrima / cuando moría un zutano / Conocía los secretos / muy íntimos del Estado / (...) defendía a las ancianas / molestaba a los

*“Por esos años —fines del siglo XIX y comienzos del XX— se produce en Perú y otros países de América Latina, como ha mostrado el historiador David Parker, una intensa actividad duelística. El duelo gozaba todavía de atractivo para una buena parte de la población — y especialmente la clase política— como un recurso legítimo y necesario cuando de por medio estaban el honor y la hombría.”*

macacos / cometía algunas faltas / del cine era huanchaco. / Que lo lleven por las calles / anónimo y muy temprano, / a él que era un trasnochador / y fachendoso y alzado.” Otro vals, “Muerte de Tirifilo,” lo retrata sin ambigüedades como un individuo que merecía la muerte: “Quien a cuchillo mata a cuchillo muere (...) / Ni siquiera un leve acento / de dolor se oye cercano / todos dicen: fue un villano / que vivió para tormento. / Es un enemigo menos / de la pobre humanidad / que lleva a la eternidad / el estigma que sabemos.”

Estos dos “héroes de la chaveta”, como los llamó Mariátegui (repárese, aunque parezca obvio, en el calificativo de “héroes”, un término con claras connotaciones positivas), representaban no sólo un estilo de vida y una condición asociados con el mundo criminal y carcelario, sino también una cierta manera de entender valores como honor, caballerosidad, y hombría que es imposible no asociar con las nociones prevalecientes entre los sectores dominantes de la sociedad. Carita y Tirifilo se apartaban de la conducta despreciable de los así llamados “suches” (delincuentes de poca monta, generalmente descritos como cobardes y faltos de palabra y honor) y desplegaban (al menos según la mitología construida a su alrededor) respeto por la palabra empeñada, defensa vigorosa del honor personal y familiar, y valentía a la hora de hacer ajustes de cuentas, precisamente los mismos valores que legitimaban el duelo por honor entre miembros de las clases altas de la sociedad. Por esos años —fines del siglo XIX y comienzos del XX— se produce en Perú y otros países de América Latina, como ha mostrado el historiador David Parker, una intensa actividad duelística. El duelo gozaba todavía de atractivo para una buena parte de la población —y especialmente

*“En diciembre de 1936 Willman envió, junto con otros presos, una carta al Presidente Benavides solicitando su indulto: ‘Estamos dispuestos a dar la vida por su persona y su gobierno y ser elementos de progreso’, prometen, en elocuente uso de una táctica común en la correspondencia de los presos. Antes, había prometido lo mismo a Sánchez Cerro. Pese a sus esfuerzos, esta vez el indulto no llegó”.*

la clase política— como un recurso legítimo y necesario cuando de por medio estaban el honor y la hombría. Como dice Parker, “la cultura del honor formaba una parte integral de la vida de un hombre público”. Sin necesidad de afirmar que el encuentro entre Carita y Tirifilo haya sido una mera copia del duelo aristocrático, es claro que ambos comparten un mismo juego de valores como justificación de la decisión de arriesgar la vida en defensa del honor y la reputación. Rehuir el desafío a duelo era visto como un signo de cobardía y deshonor. Depositar la reivindicación o la venganza del honor mancillado en manos de los tribunales y los jueces equivalía a renunciar a un deber sagrado. Los duelistas

aristocráticos y los héroes de la chaveta compartían estos valores, y esto explica, en parte, la admiración que aquellos faites trágicos y valientes despertaban entre los intelectuales contemporáneos.

## V

Aunque Carita adquirió una notoriedad que duraría muchos años, y la leyenda forjada a su alrededor sería repetida hasta la saciedad, su carrera criminal se vería drásticamente alterada por la experiencia de la prisión. Luego del indulto de 1918 ingresó varias veces más a la cárcel. Uno de esos ingresos le representó una estadía de 15 años, entre 1924 y 1939, repartida entre El Frontón y la penitenciaría. Su nombre aparece intermitentemente en los archivos carcelarios, a

veces como un “preso peligroso y nocivo” (motivo por el cual fue trasladado de la penitenciaría a El Frontón en agosto de 1925), y en otras casi como un preso modelo. Participó en actos recreativos y ceremonias patrióticas, integró equipos de fútbol de presos, y fue autor de poemas y canciones dedicadas a autoridades y benefactores. Incluso llegó a formar su propio conjunto artístico, “Willman y compañía”. Escribió y cantó, por ejemplo, un vals para Angela Ramos, la infatigable defensora de los presos, a quien conoció en El Frontón a fines de la década de 1920: “Es hermosa y escritora / a quien todos aclamamos / por su noble corazón / Que viva Angela Ramos”. En el panóptico, donde lo cono-

ció Alegría, Carita era “todo un héroe de la prisión”. Las autoridades le consentían sus caprichos y los presos comunes le admiraban y temían. También fue Willman un incansable redactor de cartas y peticiones, muchas de ellas en pos de un indulto que le permitiera recuperar su libertad. En diciembre de 1936 Willman envió, junto con otros presos, una carta al presidente Benavides solicitando su indulto: “Estamos dispuestos a dar la vida por su persona y su gobierno y ser elementos de progreso”, prometen, en elocuente uso de una táctica común en la correspondencia de los presos. Antes, había prometido lo mismo a Sánchez Cerro. Pese a sus esfuerzos, esta vez el indulto no llegó. Cumplió su condena y salió del panóptico en 1939. Al parecer, murió años después atropellado en una calle de Lima.

Así terminaron los días de este personaje que, en su momento, representó como pocos el culto a la bravura, el ejercicio privado de la violencia, la ley del más fuerte, el despliegue de hombría como condición para ser respetado en una sociedad abiertamente jerárquica y machista. Con mayor frecuencia de lo que queremos pensar, los personajes a quienes llamamos con cierto desdén “delincuentes” nos permiten acercarnos a los mecanismos culturales e ideológicos dominantes de una sociedad. Carita fue uno de esos héroes trágicos que la cultura popular se empeña en idealizar y los representantes del país oficial insisten en denigrar. Ni héroe admirable ni desechable escoria, Carita fue un ser humano atrapado en las contradicciones y miserias de su época, tratando de sobrevivir en un mundo en el que aquellos de su extracción social y racial parecían condenados a la marginación y el desprecio. ■

